

La Edad

Desde el pasado, la crónica encuentra al

Faltaba como quinientos metros para llegar al pequeño estadio, pero ya no se pudo avanzar. Ni siquiera aparcar. El periodista y Mandujano regresaron varias cuerdas antes de poder estacionar. Caminaron por el centro de la pista. Conforme se acercaban al campo deportivo, se adensaba el gentío. Doscientos metros antes, ya se hacía difícil avanzar entre el espesor humano. Era una muchedumbre silenciosa, introvertida, que apenas se miraba entre sí.

Junto a la pared, la fila de quienes aguardaban el turno para ser recibidos por Teixeira no terminaba de extenderse. Callados, pacientes, parecían resignados a larguísimas esperas. Las luces residuales de esperanza en los ojos hundidos parecían recogidas en sí mismas, con un atisbo de ruego mudo, de rendida expectativa de piedad y de milagro.

Una cuerda antes, se hizo casi imposible avanzar. La masa, compacta, esperaba. Un grupo de policías, con perros de ataque embozalados, se había apostado también en fila en la acera contraria, y ese era el único sitio por donde podría lograrse alguna movilidad. Al pasar cerca, el periodista sintió un áspero picotazo



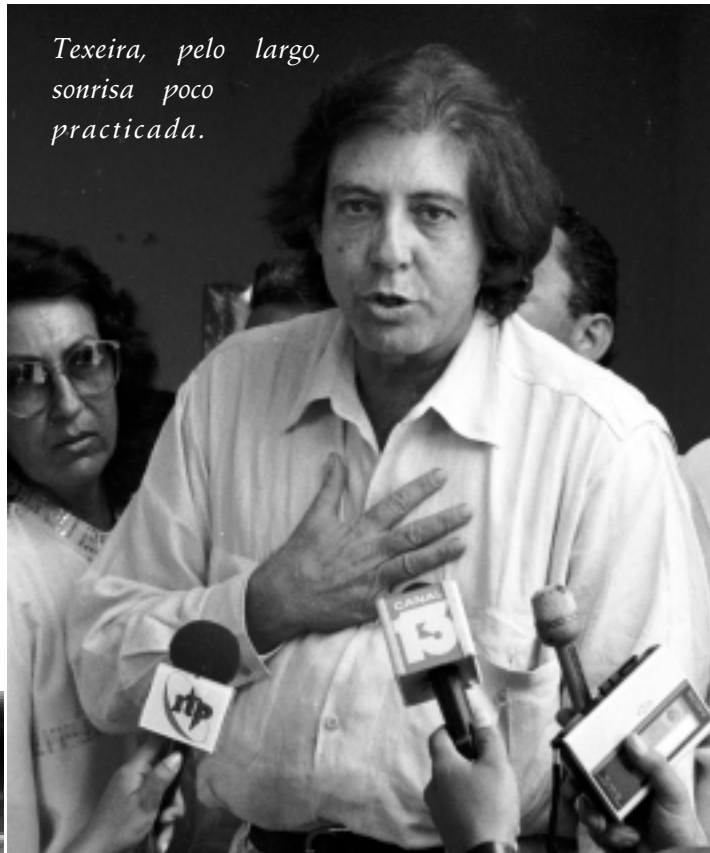
Fotos: Cortesía revista Caretas



Gustavo Gorriti

cuento y, en la ficción, la verdad.

*Texeira, pelo largo,
sonrisa poco
practicada.*



en la pierna, y vio a un pastor alemán con bozal de metal cuando se preparaba para lanzar su morro forrado en otro ataque. El manejador lo miraba impasible.

En los portones y adentro había más desahogo. Grupos de gente vestida de blanco se movían entre el gentío, organizaban las colas, las forzaban a adaptarse a las geometrías del orden.

La presencia de los ayudantes de Texeira reducía a una mansedumbre inmediata la fila compacta de gente fatigada, irritada por la espera, maltratada por los apretujones, y que, apenas entrando en el estadio, solo parecía expresar una muda avidez de milagro y una conciencia de dolores que ahora parecían intolerables.

Credenciales de prensa por delante, el periodista y Mandujano lograron entrar en el estadio.

Adentro, la conversación se hacía murmullo y el murmullo susurro conforme se acercaban a la puerta tras la cual Texeira curaba. Rodeados por dos filas de discípulos en atavío blanco espírita, los que llegaban a la puerta ya no eran parte de una muchedumbre, sino criaturas solitarias empequeñecidas por sus quebrantos.

El periodista vio a un hombre que ingresaba llevando del brazo a un joven muy pálido, de aspecto débil, la cabeza cubierta por un gorro. Reconoció al general William Esquivel. Una mujer, toda suspiros, entró tras ellos.

—Qué cosa... —oyó el periodista que murmuraba Mandujano, pero él había visto entre tanto a otro oficial vestido de civil, deambulando fuera de las colas. Era Moisés Arias, general de la Policía.

—Vine a acompañar a William —dijo Arias— para situarlo bien. Tú sabes lo difícil que está esto... ¡Pobre William! —añadió—, lo del chico lo tiene destrozado.

Era el hijo, le explicó. Tenía un cáncer avanzado. Solo un milagro, solo aquí...

A veinte metros de la puerta de ingreso, en la misma pared, estaba la de salida. Ahí, al final del semicírculo milagrero, se habían apostado los fotógrafos y las cámaras de televisión.

Salía la gente. Algunos se decían curados, otros que se sentían mejor. Casi todos llevaban



botellas de a litro de agua mineral, que Texeira tocaba y convertía en remedio de apariencia universal pero de aplicación específica.

El curandero apenas miraba a sus pacientes. A la mayoría solo les tocaba la botella, y les daba alguna palmada somera. Bastaba eso para que muchos cayeran en trance y así llegaran hasta donde los reporteros afuera, y el mal despertar de preguntas idiotas.

El reportaje al prodigio de los trances efímeros y las aguas súbitamente mágicas ya se había hecho rutina. Aún no había ningún milagro contundente.

Entonces se escucharon gritos de "ialeluya, alabado!", y la mujer que entró detrás de Esquivel salió gritando que ya podía caminar, que tiraba las muletas, milagro, milagro...

Echó las muletas a un costado y caminó, mientras las cámaras adquirían vida, adquirían frenesí.

—¡Señora, hey, señora! —gritó un fotógrafo—, ¿no fue usted la que tiró las muletas ayer, junto a la virgen que llora?

Breve silencio. La mujer miró al fotógrafo como se mira al culpable del bien perdido. Se agachó, cogió una de las muletas y, gritando "¡comunista!", se abalanzó sobre él. El fotógrafo huyó, perseguido por la mujer y los gritos de "comunista", mientras a sus colegas la risa no les dejaba tomar fotos.

—Texeira la hizo caminar, pero Bendezú la hace correr —se ahogaba de la risa Mandujano.

En la calle, los gritos de la persecución llegaron como rumores de maravilla. Texeira estaba curando. La multitudinaria corte de milagros se agitó y no pudo contener la esperanza, y se apretujó ante las estrechas puertas de ingreso, mientras los tullidos proferían gritos de miedo y de dolor, y los que traían inválidos consigo hacían esfuerzos por sostenerlos.

Con sus olores de sudor, fatiga y polvo, la gente avanzaba desde atrás, mientras los de adelante no podían seguir. Los primeros gritos de pánico contrapuntearon las frenéticas peticiones de milagro y la Policía cargó con palos y con perros, añadiéndole a Texeira el trabajo de curar lesiones frescas, pero conteniendo justo a tiempo la presión de la masa.

Horas después, la multitud se había duplicado. Llegaban enfermos, tullidos e inválidos desde provincias. El periodista se acercó a tres personas que cargaban a un hombre envuelto en frazadas, pese al calor, y lo depositaban cuidadosamente en el suelo cuando la cola se detenía. Habían viajado dos días en camión, a través de las líneas de la guerra, con su pariente inválido, para que Texeira lo sanara, o, más bien, que lo hiciera san Ignacio de Loyola, o los médicos brasileños del siglo pasado que, como san Ignacio, utilizaban el medio físico de Texeira para curar con su ciencia precomtiana, insuficiente en su tiempo, pero ahora eficaz, infalible desde el más allá.



Lo habían visto en televisión. Texeira operaba con un cuchillo de cocina y suturaba con aguja e hilo de costura. Una médica que había dejado hospital y familia para trabajar con él decía que la esterilización era astral. Todos habían visto que sus operados no sangraban, y que se iban caminando a paso de zombi, pero al fin y al cabo con sus pies.

El periodista y Mandujano salieron a la calle. Ahora la multitud ocupaba pista y veredas. Tenía densidad de procesión, pero inmóvil. Solo se agitaba al comprimirse más allá de lo que parecía posible en el embudo de ingreso.

Los dolores de Lima y provincias estaban convocados, y casi todos habían acudido. La cámara de Mandujano recorría la multitud, sobrevolaba rostros, los cuadros de los grupos dentro del mural inmóvil. Lentamente, sin apuro, el obturador los recogía y los guardaba.



El olor de amoníaco se extendía ya por la atmósfera densa. Olor de Lima. No tardaría el olor a mierda, que por ahora la muchedumbre controlaba.

Enfermos pálidos, ajenos al sol durante meses, yacían ahora en la pista bajo el sol del mediodía, medio asfixiados por el calor de otros en el aire inmóvil.

Solo se movían botellas y billetes. Los vendedores ambulantes no podían penetrar la muchedumbre, pero el mercado actuaba. Los vendedores entraban hasta donde podían y enviaban sus botellas, futuro remedio, de mano en mano, por la doble vía por donde llegaba el dinero.

Un pequeño tumulto y gritos de angustia señalaron una primera agonía. Era un enfermo que no iba a llegar. "¡Ábranle paso, donde Texeira!", gritó una voz, y luego otra, pero la multitud no se movió. Un par de fotógrafos intentaron levitar hasta el grupo, pero no lo consiguieron. Se escuchó el ritmo incierto de estertores sin fuerza, y después silencio. Luego de unos minutos, unos camilleros, precedidos por policías, se abrieron paso trabajosamente. Uno de los ayudantes vestidos de blanco espírita se acercó desde el otro lado, por un callejón que

la multitud le abrió espontáneamente. "Texeira cura, no resucita", aclaró, con acento portugués y autoridad de conocedor, luego de ver los ojos inmóviles, la mandíbula abierta del nuevo cadáver. Lo escucharon en respetuoso silencio.

Pocas horas después, el lento flujo de personas que entraban en el campo deportivo se paralizó. "Texeira se ha ido", se esparció la noticia. "Va a volver", dijeron los ayudantes de blanco, moviéndose entre la gente; "ha ido a curar al Presidente; ya va a volver."

La noche levantó los efluvios de amoníaco, pero refrescó el calor. Los dolientes acamparon donde estaban. A la hora de las noticias, las radios portátiles y algunos aparatos de televisión que vecinos compasivos –o astutos– arrimaron a sus ventanas, les informaron las novedades.

Texeira, el pelo largo y sonrisa poco practicada en el rostro, aparecía al lado de Fujimori. La voz nasal del Presidente explicaba la hazaña terapéutica de Texeira. El dedo meñique del Presidente, torcido el día anterior, había sido curado. Mañana seguiría curando Texeira, añadió Fujimori, pero ya no en el campo deportivo de Pueblo Libre. Van a encontrar un lugar apropiado, dijo.

Hubo silencio, inexpresada ambivalencia multitudinaria. San Ignacio de Loyola había curado un dedo meñique. Nadie se atrevió a protestar. Los santos oyen, los muertos también, no se vayan a molestar. Callaron los miembros resecaos, las hernias imposibles, los órganos prolapsados, las úlceras enconadas, los dolores restallantes y los dolores envolventes; callaron los tumores en conquista y los quistes aferrados y las angustias sin sepulcro.

En la noche del meñique, la corte de los milagros se fue raleando y despoblando de a pocos. Se abrieron los espacios, por los que ya no había que luchar. Cargando su botella de agua mineral, los peregrinos llegados de fuera acamparon.

Los televisores pegados a la ventana mostraban de nuevo a la virgen que llora. Cubría la noticia un reportero de voz sobrecogida, especialista en defunciones. Le decían El Obispo. La virgen lloraba con discreción; cerca se veía a la mujer de las muletas. Cojeaba.

El día siguiente amaneció con su pregunta. ¿Dónde está Texeira? Se disgregaron las congregaciones para buscarlo. La edad de la información apenas despuntaba, pero todos ya sabían qué hacer. Rebuscaron los periódicos, escucharon las radios, preguntaron al Obispo, y siguieron al rumor.

Dijeron que estaba en las afueras de Lima, por Chosica. Y la ruta se llenó de microbuses alquilados con los dineros para emergencias. Pararon los micros en avenidas arboladas y silenciosas, frente a paredes altas que rodeaban y ocultaban caserones de la vista. Grupos de quince, de veinte personas, botellones de agua mineral en la mano, para que hubiera dosis suficientes de remedio, caminaron, se empinaron en la punta de los pies, sobre cajones, ladrillos, tocaron tímidamente los timbres de las puertas y preguntaron a los ladridos: ¿está Texeira? El Obispo siguió con la cámara y relató la búsqueda sin premio.

Tarde en la noche, informaron que Texeira había regresado al Brasil por una urgencia. Fujimori dijo que el curandero próximamente volvería como invitado oficial del gobierno.

Tomaron el agua tibia de las botellas. Escucharon contar al Obispo que otra virgen se había puesto a llorar. El sacudón breve y seco indicó que no era un temblor sino la explosión de un coche bomba. Una estación policial había dejado de existir. El cólera reventó en la capital.